

Estampas y visiones tangerinas

PEDRO FERNAUD

1. **Introducción**

Escribió Ortega «yo soy yo y mi circunstancia». Cada quien hace su vida con las cosas que le rodean, que se articulan en la figura de un mundo propio y personal. En todo quehacer intelectual hay una geometría sentimental, correlato de un espacio geográfico real. En mi trayectoria de hombre canario, abierto a un mundo que, como insular, se me antojó lleno de promesas e incitaciones, Tánger se me presentó siempre con una silueta atractiva. Tánger era el polo cosmopolita más cercano a las Islas. Mi atracción por Tánger, muy especialmente durante el período de la Zona Internacional, se remonta a mis vivencias adolescentes en mi Tenerife natal.

Por los años cincuenta Tánger es el lugar de donde vienen muchos productos de contrabando (el tabaco rubio en primer lugar). Son los tiempos del «cambullón», que caracterizaron la época de postguerra de las economías portuarias de Tenerife y Las Palmas. De Tánger venían a Tenerife financieros y comerciantes hebreos como los Cohen, también indios y algunas ideas comerciales como los célebres Almacenes El Kilo.

También en aquella época viene de Tánger un producto no prohibido, pero deleitoso: el inolvidable «España» de Tánger, tan leído por las generaciones españolas de postguerra. Lo fundó en 1938 Gregorio Corrochano y en él trabajaron grandes periodistas españoles desde Fernando Vela hasta Eduardo Haro Tecglen, que fue el último director del rotativo tangerino. El «España» de Tánger fue un acontecimiento no sólo en el escenario periodístico norteafricano, sino también en el contexto del difícil periodismo español durante el franquismo. Es una interesante historia que está todavía por escribir. A este tema me referiré más adelante. Ahora sólo quiero señalar que el «España» de Tánger era muy leído en estas Islas y en toda la parte meridional de la Península. Su órbita de influencia llegaba a Madrid, incluido.

Tánger es el lugar más cercano a Canarias en que, durante los años cincuenta, empieza a haber una vida intelectual de importancia internacional y de un valor intrínseco superior a lo que se hace en España. En aquellos años para

muchos escritores americanos de la época (Truman Capote, Burroughs, Paul Bowles y otros) Tánger fue un considerable foco de atracción cultural en aquel mundo desvencijado, aunque estimulante, emergente de las ruinas de la segunda guerra mundial. Fue Tánger entonces una especie de sucursal de París en el Norte de Africa. Nada menos que Gertrude Stein auspiciaba la experiencia tangerina desde su alta función de gran anfitriona de los escritores americanos en París.

Quien quiera conocer el Tánger de esos años dorados de la postguerra mundial hasta su integración en el Marruecos independiente habrá de recurrir al testimonio literario y periodístico de la época. Está cargado de razón vital de la buena J. Marías cuando afirma en su «España inteligible» —que es un libro de síntesis historiográfica— que «la literatura ha sido, en muy alto grado, el sucedáneo de la razón histórica, el instrumento de interpretación de las formas de vida y, por lo tanto, la base de la inteligibilidad de la historia». No hay duda de que la vida se hace transparente a sí misma en la poesía, en el teatro, en la novela sobre todo. La literatura aporta estratégicas visualizaciones y perspectivas para descubrir la verdad de la vida humana. Eso explica que los pueblos con una rica y expresiva literatura tengan siempre una imagen verídica de su propia realidad como conjunto humano. En ese sentido hay que decir que Tánger ha tenido muy buena literatura: están los escritores americanos ya citados (Truman Capote, Burroughs, Paul Bowles y otros) y dentro de la novelística española «La vida perra de Juanita Narboni» del malogrado Angel Vázquez, que tiene un interés excepcional para los españoles.

Sobre este tema de las relaciones entre la literatura y Tánger habremos de volver por su interés estratégico en la reconstrucción de lo que verdaderamente fue y supuso Tánger.

No quisiera clausurar esta introducción sin apuntar a mi experiencia vivencial de Tánger cuando, como enviado especial de TVE, llegué allí por vía aérea desde Madrid en enero de 1984 (las fronteras con Ceuta y Melilla estaban cerradas), para cubrir informativamente los violentos y sangrientos incidentes de protesta en el Rif. Eran momentos de tensión espesa y silenciosa en Tánger, a donde no habían llegado los disturbios, pero sí a sus bordes geográficos. «Marruecos, la hora de todos los riesgos», escribía Ignacio Ramonet en un resonante reportaje aparecido por aquellas fechas en «Le Monde Diplomatique», un trabajo que se ha convertido en un clásico para comprender el horizonte futuro del vecino país. Tánger ya no tenía nada que ver con aquel emporio de vida alegre y cultivada que fue la Zona Internacional. Sin embargo, algo en el ritmo de la ciudad marcaba un tono sabio de quietud esperanzada en el futuro más allá de las sangrientas contingencias del momento. Desde el jardín del hotel, en un altozano de la ciudad, todos los atardeceres podía uno ver en el horizonte la cercana costa española; con sólo bajar un poco la vista, en un plano visual más próximo, podía visualizarse una estilizada mezquita con el Zoco al fondo, donde una abigarrada muchedumbre discurría cansina con movimientos lentos de siglos. Desde Tánger, Europa y Africa afirman su proxi-

midad y su diferencia. Desde Tánger, uno piensa como posible y necesario un diálogo de civilizaciones que no sea una sempiterna confrontación de poderes hostiles. Esta aproximación al tema tangerino se mueve desde este propósito.

2. Antecedentes históricos

A la entrada del Estrecho de Gibraltar, Tánger ha sido desde la Antigüedad una encrucijada histórica como corresponde a su situación geográfica de muy alto valor estratégico. Realmente el Estrecho de Gibraltar ha tenido un pasado histórico, tiene un presente y se avizora un futuro histórico de primerísimo orden. La historia antigua de Tánger es la historia de los pueblos mediterráneos, que fue durante siglos la de la Historia Universal¹. Durante la Edad Antigua, a la identidad del medio geográfico correspondió en ambos lados del Estrecho, identidad de pobladores e identidad de Historia por añadidura. Incluso puede hablarse de la importancia prehistórica del Estrecho, que permitió el tránsito de Africa a Europa de la primera población humana de la Península Ibérica.

Ya en los tiempos históricos, los fenicios —procedentes del otro extremo del Mediterráneo— instalaron en el siglo XV antes de Cristo un puesto comercial a orillas de la Bahía de Tánger. Este puesto comercial siguió las vicisitudes históricas de la región. Y así posteriormente los cartagineses reemplazaron a los fenicios. En el siglo VI antes de Cristo los cartagineses doblan el Estrecho y navegan por aguas del Atlántico. Fueron colonias suyas (aparte de Tánger), Melilla, Larache, Salé y Anfa, la actual Casablanca. Nació así el primer Estado que dominaba en ambas orillas del Mediterráneo, un Estado marítimo y militar del que Roma, la otra potencia emergente de la zona, empezó pronto a recelar. El conflicto entre los poderes mediterráneos se sustanció a favor de Roma en las guerras púnicas. La antigua Mauritania termina formando dos provincias romanas: la Cesariana y la Tingitana, esta última con capital en Tánger.

Ya desde Roma el estrecho de Gibraltar se convierte en una constante estratégica de las relaciones entre Europa y Africa. Roma comprende que debe pasar a Africa para garantizar la estabilidad de sus conquistas en la orilla sep-

1. Un buen estudio global de los aspectos históricos, estratégicos y políticos del Estrecho puede encontrarse en el libro «El Estrecho de Gibraltar. Su función en la geopolítica nacional», de «Hispanus», seudónimo muy utilizado por el general Díaz de Villegas (Editora Nacional, 1953). Hay que subrayar una sensible disminución de la producción literaria española sobre temas africanistas en los últimos años. Además hay muchos títulos interesantes agotados, que convendría reeditar. Véase el libro de Rodolfo Gil Grimau «Aproximación a una bibliografía española sobre el Norte de Africa (1850-1980)», editado por el Ministerio español de Asuntos Exteriores, en el que se recogen 16.122 títulos españoles sobre el Magreb, especialmente sobre Marruecos. Aunque son en su mayoría textos escritos con el espíritu del viejo africanismo colonial, muchos contienen elementos de interés actual.

tentrional del Mediterráneo. Como ha escrito Mommsen, Roma no marcha sobre el norte de Africa por mero imperialismo o deseo de conquistas, sino por instinto de conservación. Temía por la seguridad de sus provincias hispanas. Roma pasó el Estrecho para hacer de su borde sur una amplísima cabeza de puente que garantizara la solidez y estabilidad de sus provincias hispanas. La estrategia romana al sur del Estrecho es del máximo interés histórico, pues crea constantes de actuación que han llegado a nuestros días, pero su exposición detallada excede ampliamente del propósito de este trabajo. La penetración romana se hizo sentir singularmente en la costa atlántica, más asequible, menos quebrada y, desde el punto de vista económico, mejor dotada. Tánger, la antigua Tingis, fue la capital de esta provincia occidental de la Mauritania romana. Como antes Fenicia y Cartago, Roma ejerció el dominio del Estrecho. Durante cuatro siglos este dominio romano fue absoluto.

El siglo V conoce el derrumbamiento del Imperio Romano de Occidente bajo la presión de los pueblos germánicos. Los bárbaros ocupan la Península Ibérica y un grupo de ellos, los vándalos, cruzan el Estrecho. La expedición de los vándalos termina por difuminarse en las cercanías de Cartago sin dejar rastros. Otros monarcas godos —Leovigildo, Sisebuto y Suintila— envían otras expediciones que ocupan Tánger y Ceuta.

Pronto la Historia bascula en dirección contraria con la rápida y ardiente expansión del Islam de Oriente a Occidente. El año 683 Okba Ibn Nafi lleva la fe islámica al actual Marruecos y baña en Tánger, en las aguas del Estrecho, la cincha de su caballo. El año 711 Tarik desembarca en Gibraltar un contingente de 7.000 beréberes, y Muza llega enseguida con otros 5.000 combatientes. La suerte está echada y el Estrecho será durante cuatro siglos un mar islámico. Almorávides, almohades y benimerines cruzan en oleadas el Estrecho para fortalecer y apuntalar la presencia islámica en la Península Ibérica.

Conviene subrayar que con los musulmanes la función estratégica del Estrecho experimenta una regresión cualitativa: sus aguas se estancan como nexo de unión entre Europa y Africa, pero dejan de cumplir, como con los romanos, la función llave para la comunicación entre el Mediterráneo y el Atlántico, que es donde Tánger ha alcanzado siempre su significación estratégica más plena. Los árabes no se aventuraron en el Océano Atlántico, al que temían. El Imperio Islámico Hispano-Africano se constituye como una configuración cerrada sin dinamismo en la comunicación inter-mares, que es la característica esencial de la Edad Moderna, definida en ese sentido por una gran fluidez en la comunicación expansiva entre el Mediterráneo y el Océano Atlántico.

La España emergente, forjada en la lucha contra el Islam, nace como Estado nacional con una voluntad de expansión africana como atestiguan los testamentos de los Reyes Católicos². Esta política expansionista es no sólo expresión de una voluntad imperial(ista), sino también manifestación de una

2. En efecto, la reina Isabel ordenaba a sus súbditos, como expresión de su postrer

estrategia de seguridad frente a una posible reacción del Islam derrotado en la Península. España recuerda la lección de Roma de que es necesario guardarse las espaldas en Africa. Y así, a comienzos del siglo XVI es español el litoral africano del Mediterráneo desde Egipto hasta el Estrecho, La expansión peninsular se extiende también por el litoral atlántico del norte de Africa, en cuya empresa Tánger desempeña una función de apoyo muy caracterizada. La incorporación de Canarias a la Corona de Castilla se inscribe dentro de esa política de expansión africana. La dimensión africana de Canarias la estudié en una ponencia que presenté en la primera edición del Aula Canarias-Noroeste de Africa, desarrollada en Las Palmas en septiembre de 1984, y algunas de las ideas expuestas allí las rescataré para este trabajo por estimarlas pertinentes para el esclarecimiento del destino africano de España.

La expansión española por el litoral africano del Atlántico restituyó al Estrecho de Gibraltar un dinamismo que había perdido durante la dominación musulmana. Con los españoles el Estrecho no sólo es nexo de unión entre Europa y Africa, sino llave para la comunicación intermares entre el Mediterráneo y el Atlántico. Esta doble función del Estrecho ha influido en forma importante, aunque quizás no debidamente estudiada, en el peculiar discurso africano de Canarias. No comparto la tesis de la «mediterraneidad», analógica claro está, del archipiélago canario que en algunos sectores canarios actuales quiere potenciarse. Y no la comparto principalmente porque con esta expresión se quiere hurtar semánticamente la clara dimensión africana de Canarias. Pero, si atendemos a la doble función del Estrecho potenciada por los españoles a comienzos de la Edad Moderna, no cabe duda de que una posibilidad poco desarrollada de nuestro archipiélago es la de articularse en la secuencia de islas mediterráneas que desde el Estrecho hasta el Egeo trazan un espacio geográfico e histórico muy singular, desde Baleares a Chipre. Si se considera que el norte de Africa como unidad histórico-cultural tiene también una fachada atlántica, de la que Tánger es punto de partida, no cabe duda de que la dimensión africana de Canarias podría profundizarse encontrando una inédita dimensión mediterránea si cumpliera respecto del Atlántico marroquí una función similar a la de Sicilia, por ejemplo, respecto del Magreb mediterráneo o de Chipre respecto del Cercano Oriente. Pero no adelantemos acontecimientos y retomemos la síntesis histórica del Estrecho allí donde la dejamos, a comienzos del siglo XV.

El descubrimiento de América supone una gran atenuación de la política africana de España. La Historia es el reino de la libertad y nos depara sorpresas e innovaciones sin cuenta. «...ni el pasado ha muerto, / ni está el mañana / —ni el ayer— / escrito», escribió Antonio Machado. La empresa ultramarina-

voluntad política, «que no cesen de la conquista de Africa y de pugnar la fe contra los infieles»; asimismo, el rey Fernando recomendaba, como su última voluntad, que «se trabajase en hacer la guerra a los moros».

americana de la Corona castellano-aragonesa hace descender muy considerablemente durante la Edad Moderna la gravitación africana de España. No hay más remedio que repetir, una vez más, la célebre afirmación de Sánchez-Albornoz de que dos desembarcos «tuercen» o modifican el destino histórico de España: el de los musulmanes en Tarifa y el de Colón en la isla de Guanahaní. En su libro «España inteligible», J. Marías introduce una valiosísima categorización historiográfica sobre «las trayectorias reales y la España que pudo ser». Precisamente, el proyecto teórico que quiere realizar en ese libro es lograr que «España resulte inteligible viendo lo que hizo en función de lo que de verdad pudo hacer». El tema de los futuribles, de lo que pudo ser y no fue, de las posibles trayectorias de un pueblo que no llegaron a realizarse, de las contingencias de la realidad histórica de un pueblo o comunidad humana, sólo tienen sentido sólo dentro de lo que efectivamente ocurrió. «Cada día es ése menos lo que tenía que haber sido», escribió Ortega. La dialéctica nostálgica entre lo que fue y lo que pudo haber sido la refleja muy bien esta expresión de Pérez del Toro en el siglo XIX: «a no haber sido por el grandioso hecho del descubrimiento de América que cambió la dirección de la política española, las armas castellanas habrían pasado el Estrecho en el siglo XV, como los vándalos lo pasaron en el siglo V, los godos en el VII y los árabes en el VIII y habríamos sojuzgado la Mauritania y toda la Berbería, y poblado y civilizado el continente africano como civilizamos y poblamos el Nuevo Mundo».

Durante los siglos en que América es la preocupación y el objetivo centrales de la Corona de España, puede hablarse de la acción española en África como de una operación frustrada. El Estrecho de Gibraltar dejó de ser el eje fundamental de nuestra política exterior. Además, tras la batalla de Rocroi, España deja de ser una potencia en el Continente europeo. Inglaterra ocupa a comienzos del siglo XVIII la plaza de Gibraltar e inicia una activa política mediterránea, siempre en contra de los intereses españoles en una zona que nos es propia. Como consecuencia de estos avatares disminuye esencialmente la presencia e importancia de España en el Norte de África. En el caso que nos ocupa de Tánger, la plaza experimenta diversos cambios de soberanía (España, Portugal, Inglaterra) hasta su retrocesión a Marruecos en 1684³, dentro de una tónica de declive de la influencia española en la zona.

3. Africanismo español

En el siglo XX coinciden dos hechos históricos que facilitan la recuperación de la vocación africana de España: la independencia de las posesiones es-

3. Amplia y pormenorizada información sobre las vicisitudes históricas de Tánger durante esa época puede encontrarse en los libros «Tánger y la colaboración franco-española en Marruecos» (Madrid, 1927), de Víctor Ruiz Albéniz (El Tebib Arrumi), y «El Estrecho de Gibraltar», de «Hispanus» (Editora Nacional, Madrid, 1955).

pañolas en América y la explosión del imperialismo colonialista de las potencias euro-occidentales, cuyas ambiciones expansivas se fijan preferentemente en África. Con la pérdida de América, el Estrecho de Gibraltar vuelve a ser el eje de la política exterior española, al desaparecer de su horizonte de real influencia el continente americano. Sin embargo, nunca las cosas en la Historia vuelven a su idéntico cauce. La España del siglo XIX ya no es la España del siglo XV. En su repliegue hacia sí misma, España se ve obligada a reorientar su papel en el mundo. España es entonces una propuesta histórica menguada, que lucha dificultosamente por encontrarse a sí misma en un mundo que ya no le es propio. Afanada durante siglos en la empresa americana, España ha descuidado su condición europea y no logra entrar en la Modernidad, ya consolidada desde hacía un par de siglos en Inglaterra y Francia. Nunca llegó a efectuarse en nuestro país la revolución liberal-burguesa que transformó de raíz la estructura y expectativas de las naciones de Europa Occidental. La consecuencia fue que España, pionera en su política africana, tuvo un papel mediocre en el proceso colonizador de África de los siglos XIX y XX, al estar su actuación muy condicionada a los intereses estratégicos de Francia e Inglaterra. Por otra parte, España no logra estabilizarse internamente y se ve sometida a continuas fracturas de la convivencia de sus habitantes, lo que le impide presentar un frente sólido para su actuación en el exterior.

Es interesante subrayar que cuando España vuelve a mirar a África como objetivo prioritario de expansión, ésta sólo es posible en un contexto de cooperación internacional con otras naciones europeas. Aunque el siglo XIX vive las llamaradas ideológicas del nacionalismo, éste va mostrando sus serias insuficiencias como forma de actuación histórica con futuro. Este proceso culminará con las dos guerras mundiales del siglo XX. Un libro de entreguerras —«La Rebelión de las Masas», de Ortega— sentencia desde el pensamiento teórico, el ocaso de los nacionalismos, que no de las naciones europeas. De hecho, cuando España vuelve a África ya no está en su poder el Peñón de Gibraltar, convertido en una estratégica colonia británica.

No nos vamos a detener, pues excede el propósito de este trabajo, en la exposición pormenorizada de la acción española en el Norte de África durante los siglos XIX y XX. Para éste y otros puntos recomiendo la lectura del libro de Víctor Morales Lezcano «España y el Norte de África: El Protectorado en Marruecos». Este libro tiene una información bien estructurada que permite al lector interesado hacerse rápida idea de la acción contemporánea española al sur del Estrecho en los siglos XIX y XX, aunque temáticamente esté centrado principalmente en el periodo (1912-56). Sin embargo, los dos primeros e introductorios capítulos del libro —titulados respectivamente Estructura de las relaciones hispano-marroquíes y El Africanismo español— cubren con sencilla precisión los comienzos, en el siglo pasado, de la intervención española en el Norte de África. El libro de Morales Lezcano es una síntesis de las fuerzas motrices que impulsaron a los gobiernos españoles a actuar sobre el territorio del vecino meridional y de los efectos de rebote de esa intervención. Es además, un esquema descriptivo del sistema de tensiones hispano-marroquíes e

hispano-francesas en el marco colonial del Protectorado español. Al instalarse en el Norte de Marruecos, España tuvo que lidiar con Francia en un doble frente: en los Pirineos y en las estribaciones del Rif.

El africanismo español, que fue rigurosamente contemporáneo del europeo, tuvo algunas características propias que influyeron en el modo de nuestra acción al sur del Estrecho y que pueden detectarse en la forma de vivir hispánica que se constituyó en Tánger, que es el objetivo del presente trabajo. Entre estas características señalaremos:

a) Un fuerte componente, al menos inicialmente, de corte regeneracionista. Fue precisamente Joaquín Costa, paradigma máximo del regeneracionismo español, uno de los máximos impulsores de la acción española al sur del Estrecho. Ahí está su célebre discurso en el Teatro Alhambra de Madrid —el 30 de marzo de 1884, hace poco más de un siglo—, en que pronunció un apasionante alegato en defensa de la reconciliación histórica entre España y Marruecos dentro de un programa de mutua regeneración. En este mítin Costa dijo: «Lo que a España interesa, lo que España necesita, no es sojuzgar el Magreb, no es llevar sus armas hasta el Atlas; lo que a España interesa es que el Magreb no sea jamás una colonia europea; es que al otro lado del Estrecho se constituya una nación viril, independiente y culta, aliada natural de España, unida a nosotros por los vínculos del interés común, como lo está por los vínculos de vecindad y por los de la Historia». Eran los primeros vagidos del africanismo español desde una perspectiva regeneracionista y de progreso, que luego no se continuó, al menos con la intensidad debida.

b) El contacto con las juderías del Norte de Africa estaba en el horizonte de las expectativas africanistas de la España de la segunda mitad de fines del siglo pasado. Estas expectativas se cumplieron en alto grado, pues el trato de los españoles con los hebreos norteafricanos intensificó la preocupación y el interés de los intelectuales españoles por sus señas de identidad histórica, que incluían el fermento hebreo, del que se había despojado a la Península con la expulsión en 1492 de los judíos españoles. No sólo se trataba de una cuestión de interés sólo intelectual, sino también humano. Uno de los perfiles humanos más atractivos de la zona de Tánger es la simpatía humana entre los andaluces que atravesaron el Estrecho para establecerse en la plaza tangerina y los dinámicos elementos judíos sefarditas allí asentados. Esta comunidad empática y lingüística queda plenamente de manifiesto en la gran novela de Angel Vázquez «La vida perra de Juanita Narboni», a que me habré de referir con alguna extensión más adelante. El triángulo formado por Tánger, Gibraltar y el litoral meridional de Andalucía creó un tipo muy particular y atractivo de hispanía.

c) No hay duda de que la expansión española de los siglos XIX y XX al sur del Estrecho obedece no sólo a una «llamada africanista» o «destino manifiesto» que había que cumplimentar, sino también a una añoranza histórico-cultural, que hacía apetecible la reanudación de un contacto directo con el Islam a través del Magreb, región fronteriza del Mediterráneo Occidental donde tantos sucesos de gran intensidad vivieron españoles y magrebíes desde la invasión musulmana de la Península el año 711, cuando la galopada de las hues-

tes de Tarik y Muza. El africanismo español se mueve desde la convicción de que España y Marruecos, y en general España y la totalidad del Magreb, forman un universo geopolítico con una esencial comunidad de intereses. Desde los círculos africanistas españoles se pensó que España y Marruecos tenían el destino manifiesto de iniciar desde el extremo occidental del Mediterráneo el proceso de su reconstrucción como *Mare Nostrum* a través de una necesaria política de activación de las relaciones entre ambas orillas, tutelada desde la parte europea.

4. Introducción a la cuestión de Tánger

Morales Lezcano ha sabido situar muy bien el escenario de las oscilantes relaciones entre el vetusto y anquilosado Majzén Xerifiano y el decadente Reino de España de la época. Ambos Estados —cada uno en su órbita cultural respectiva islámica y cristiana— atravesaban sendas crisis políticas de muy hondo calado. Morales Lezcano subraya la necesidad de partir de esta doble crisis para la adecuada comprensión de lo que en España se dio en llamar «la cuestión de Marruecos». «Es fundamental incorporar aquí —escribe Morales— la crisis política y moral que atravesaron Marruecos y España, porque sin su entendimiento nunca se explicará el lector los orígenes de las dificultades de gobierno, hacendísticas y militares de la Corte Xerifiana durante todo el siglo XIX, hasta la víspera de 1912; y sin tener claro la crisis política española que inició la quiebra del Antiguo Régimen en la Península, con todas sus secuelas dinásticas, bélicas, coloniales y financieras, poco se podrá entender la insegura, a la par que limitada, política exterior de España durante la zona de fechas 1808-1939». La acción española en el Norte de Africa es, pues, insegura y limitada. Insegura por insuficiencias internas del devenir español; limitada por cuanto la acción exterior de Madrid hubo de acomodarse sistemática y forzosamente a los designios anglo-franceses en el Mediterráneo y en el Atlántico.

El hecho es que la debilidad del Majzén Xerifiano conduce a la repartición de Marruecos entre Francia y España y, a su vez, la debilidad internacional de España se traduce en que nuestras pretensiones son reducidas por Francia e Inglaterra a su mínima expresión. De hecho, la plaza de Tánger estaba incluida inicialmente dentro de la zona del protectorado de España, según el tratado de 1902, que nunca llegó a entrar en vigor. Pero por una serie de maniobras diplomáticas de Francia e Inglaterra, se inicia ya desde 1904 el proceso que conduciría a la internacionalización de la plaza, a la que se dotó de un *hinterland*, por cierto, superior al campo exterior adjudicado a nuestras plazas de Ceuta y Melilla, a las que nunca se permitió que ensancharan sus respectivos territorios. Fundamental para la internacionalización de Tánger fue la estrategia de la diplomacia británica de impedir que cualquier pabellón se hiciera hegemónico en Tánger, la llave por el sur del Estrecho de Gibraltar, decisivo para el mantenimiento de las líneas de comunicación del Imperio Inglés. Aparte de esa causa fundamental, los británicos trabajaron insistentemente en la de-

fensa de los derechos (mercantiles, jurídicos y religiosos) de sus ciudadanos en los puertos marroquíes en general, y en Tánger muy en particular.

No es propósito de este trabajo narrar los prolijos detalles del proceso de internacionalización de Tánger. Simplemente hemos pretendido, a través de este itinerario histórico a grandes rasgos suscitar en el lector una visión dinámica de las grandes líneas de fuerza que han configurado la compleja circunstancia geo-histórica que designamos con el nombre de Tánger. Sólo podremos comprender el Tánger del siglo XX si tenemos conocimiento, o al menos noticia, de la serie dialéctica de hechos y circunstancias que lo han hecho posible. Hemos tratado de situar la cuestión desde el principio epistemológico de la razón histórica como método, tal como lo formuló Ortega. Para evitar malentendidos ha de entenderse en todo su rigor la expresión «razón histórica». No es una razón extrahistórica que parece cumplirse en la Historia, sino el seguimiento estricto de lo que al hombre le ha pasado. La razón histórica no acepta nada como mero hecho, sino que fludifica todo hecho en el *fieri* de que proviene: ve como se hace el hecho.

Tras esa necesaria aclaración vamos a entrar en la descripción de la sociedad tangeriana desde finales del siglo pasado hasta la integración de Tánger en 1956 en el Marruecos independiente. Quien quiera tener una visión detallada de la cuestión de Tánger desde el punto de vista español pueden consultar los libros «El Estrecho de Gibraltar», de Hispanus, seudónimo del general Díaz de Villegas (Editora Nacional, Madrid, 1953) y «Tánger y la colaboración franco-española en Marruecos» por Víctor Ruiz Albéniz (El Tebib Arrumi), editado en Madrid en 1927.

Como bibliografía anglosajona puedo apuntar los siguientes libros: «Portrait of Tangier» (1952), de Rom Landau; «Tangier: England's Lost Atlantic Outpost» (1912), de E.M.G. Routh; «The International City of Tangier», 2nd edition (1955), de G.H. Stuart y «The Marrocco that was», de Walter Harris, que fue corresponsal del rotativo londinense «The Times» en la época de máximo esplendor de la Zona Internacional.

Como bibliografía francesa citemos estos libros: «Le Statut de Tanger d'après la convention du 18 décembre 1923» (París, 1925), de E. Rouard de Card; también le Rouard de Card, «Modifications du statut de Tanger d'après les accords du 25 juillet 1928» (París, 1928); y «Le consulat de Tanger, des origins a 1830» (París, 1967), de J. Caille.

En un terreno más anecdótico, quisiera citar dos libros en castellano: «La pequeña historia de Tánger» (1950), de Alberto España, y Tánger (1952), de J. Calvo Sotelo.

La internacionalización de Tánger

Desde la retrocesión por los ingleses de Tánger a los Sultanes de Marruecos en 1648, se produce un largo período de caos en la gobernación de la plaza

bajo un sistema de autoridad bipartita (un representante musulmán local y un mandatario del Sultán). Fue una época turbulenta en que Tánger se vio asaltada frecuentemente por las belicosas tribus rifeñas del entorno. En realidad, la historia de Tánger durante los siglos XVI y XVIII fue la ilustración lamentable de la incapacidad e impotencia del Majzén y de los señores de Fez para hacer sentir su autoridad en la lejana ciudad del Estrecho. La lejanía del corazón del Imperio Xerifiano, la proximidad a Europa y el maravilloso clima de la ciudad hacen que, cuando las potencias europeas fijan sus ávidos ojos en el decadente Marruecos, elijan Tánger como residencia de sus representantes diplomáticos. A finales del siglo XVIII empiezan a instalarse en Tánger los primeros consulados europeos. En esta plaza se sentían más protegidos física y moralmente que en las poblaciones del interior y de la costa atlántica de Marruecos. Sin embargo, inicialmente los primeros agentes extranjeros instalados en Tánger distaron de pasarlo bien, pues hubieron de sufrir agresiones y vejaciones por indígenas exasperados y fanáticos en medio del silencio consentidor de las autoridades de la ciudad. Por otra parte, los europeos padecían el constante desafecto del Sultán y el Majzén. Los representantes de los Estados europeos, a excepción de España y Portugal, estaban sometidos a un singular sistema de imposición de regalos fijos a las autoridades locales y al sultán, cada vez que este último pasaba por Tánger. La situación se modificó sustancialmente en 1860 tras la firma del tratado de paz entre España y Marruecos, que pacifica de momento la región. Se produce entonces una inmediata instalación en Tánger de verdaderos y estables representantes diplomáticos de la mayoría de los Estados europeos, que inician una activa política de captación de voluntades de los nativos y de defensa de los derechos propios. Su labor conspiratoria se vio muy favorecida por la catastrófica situación interior del Imperio Xerifiano, cada día más minado por la anarquía y cada día más empobrecido por una pésima administración y por las continuas expoliaciones tributarias ejercidas sobre la población por las jerarquías del Majzén. Los diplomáticos europeos en Tánger se aprovechan de la situación para atraerse la simpatía de los nativos mediante el procedimiento clientelista del derecho de «protección». Inglaterra fue especialmente activa en la gestión de influencias cerca no sólo de los nativos locales sino ante el palacio de los sultanes en Fez.

La acción de los cuerpos diplomáticos en Tánger abre el espacio geo-político y socio-cultural que confiere a la ciudad su «especial y particular carácter», que culminó en su declaración de Zona Internacional. Tres fueron siempre los países —Francia, España e Inglaterra— con intereses e influencias predominantes en la plaza tangerina. Ya advertí que no era el propósito de este trabajo narrar con detenimiento el proceso que culminó con la declaración de Tánger como zona internacional. Pero me parece ilustrativo para comprender la dialéctica de la sociedad tangerina, tener una idea sucinta de cuales eran las aspiraciones de las tres potencias mencionadas cara al futuro de la Plaza. Los criterios defendidos eran los siguientes: a) para los españoles, Tánger debía integrarse en la zona del protectorado español y, consiguientemente, estar sujeta al representante que designara el Jalifa; sin embargo, España aceptaba que en el orden

municipal hubiese una posible administración de los europeos, bien como residentes, bien como representantes de los respectivos consulados; b) para los ingleses, Tánger tenía que ser zona internacional, en la que la autoridad del Sultán debería restringirse a los asuntos religiosos de los musulmanes; c) para los franceses, el Sultán debería seguir siendo soberano indiscutible de la zona de Tánger, y al efecto debería hacerse representar por un alto funcionario marroquí que se nombraría en Rabat, es decir, en el Gabinete Diplomático de la Residencia francesa.

Llegados al término del proceso de negociación, el Partido Colonial Francés se encontró con que, si bien la propuesta española no era admisible para el Foreign Office británico, menos lo era para los ingleses la tesis francesa. Por su parte, atrapada España entre dos propuestas hostiles, optó nuestro país inclinarse por la tesis británica, que a nuestros negociadores les resultaba menos perjudicial que la francesa. España declaró prescindir de su ideal de «Tánger, parte del protectorado español» y anunció que aceptaba el sistema de internacionalización preconizado por Inglaterra. Francia llegó a aceptar, como base de las negociaciones, la propuesta internacionalizadora, aunque no como la entendíamos los españoles —es decir, completa— sino con la reserva de París de que defendería tenazmente la soberanía del Sultán, a quien tenían perfectamente controlado y neutralizado en la zona del Protectorado francés. Todo esto tuvo posteriores consecuencias, que exceden del temario y objetivo de este trabajo⁴.

La sociedad tangeriana

Los representantes españoles en la negociación del Estatuto de Tánger aportaron infinidad de documentos y argumentos en favor de los derechos de España. Voy a transcribir un fragmento referente a la presencia demográfica española, que nos puede servir de punto de arranque para un somero análisis de la sociedad tangerina que se había ido constituyendo desde finales del siglo pasado. Los datos que se contienen en este informe se refieren al año 1923, en que se desarrollaron las negociaciones para la internacionalización de la Plaza.

Dice así este documento:

«En Tánger la colonia española inscrita en el Consulado de España da un total de 15,680 compatriotas nuestros. Muchos de ellos, por sus trabajos y por sus ocupaciones, no residen de modo permanente en Tánger, donde puede asegurarse que vi-

4. Se ha dicho que el propósito perseguido por Gran Bretaña, con su fórmula de internacionalizar Tánger, no era otro que el de impedir que ninguna potencia europea obtuviese una situación privilegiada en la ciudad que da frente a Gibraltar, no sólo por razones militares sino también comerciales.

ven permanentemente cerca de 9.000 españoles. Ninguna colonia europea se aproxima, ni con mucho, a cifra tan elevada. En Tánger estamos los españoles en situación de pagar la cuota más alta por la contribución urbana; poseemos grandes propiedades: la luz eléctrica, el teléfono, el servicio de autobuses que comunican Tánger con el resto de Marruecos, pertenecen a empresas españolas. En Tánger contamos con varias escuelas y colegios, con Bancos y Hospitales, obras benéficas, laboratorios, líneas de navegación, líneas telegráficas, Correos, con un comercio muy grande y con la aportación de un esfuerzo de trabajo continuo desde años y años. La lengua corriente, la verdadera lengua internacional de Tánger, es el español, que se usa para las transacciones de comercio, para la vida de todo instante; hasta algún periódico extranjero se publica en castellano. Todos estos son hechos claros y patentes. Tienen la fuerza enorme de lo real. No son opiniones, ni conjeturas ni posibilidades. Es posible que en algún aspecto de los antes citados el esfuerzo de alguna otra colonia extranjera se aproxime a la nuestra, pero en el conjunto ninguna otra las supera o iguala».

Pero las fuentes históricas no son sólo los documentos escritos. Para realizar este trabajo tuvimos la oportunidad de mantener una larga entrevista con un tangerino español —Emilio Sanz de Soto— de pura cepa, nacido accidentalmente en Málaga. Su padre fue un ilustre financiero —don Emilio Sanz Barriopedro—, discípulo del profesor Flores de Lemus, y que llegó a ser director del Banco de España en Tánger.

Desde finales del siglo pasado se va constituyendo una sociedad tangerina muy peculiar. Originariamente el mando social reside en una veintena de viejas familias —francesas, españolas, inglesas, de Gibraltar—, que establecen una forma de vida colonial de corte euro-mediterráneo. Son gentes refinadas, de desahogada posición económica, con gran nivel cultural, que poseen varias lenguas europeas y que logran crear un estilo moral abierto y flexible —al contrario de la gazmoñería imperante en Gibraltar— pero dentro de unas normas respetadas por esta elite social. Sobre este fondo social originario se fue superponiendo la clase de los diplomáticos de los diversos países representados en Tánger. Se formó así una geografía o estratificación social muy jerarquizada, no sólo respecto de la población musulmana o hebrea, sino también respecto de los emigrantes europeos que fueron asentándose en la zona. Esta clase dirigente vivía y se divertía presenciándose mutuamente en el escenario social. Se convidaban entre sí a tomar el té o a patinar o a jugar al polo, que eran los entretenimientos elegantes. Se reunían entre sí en fiestas en las respectivas legaciones dentro de un cerrado exclusivismo social. Ir a la fiesta de una legación se decía ir a Francia, España, Inglaterra o Italia en el lenguaje social corriente. Algunos financieros poderosos intentaron, al principio sin éxito, competir con la aristocracia burocrática.

La situación cambió con el establecimiento de los Protectorados francés y español, que vació de contenido la función privilegiada de la casta diplomática. Las gentes con dinero escalaron, entonces, la pirámide social porque precisamente el establecimiento de los Protectorados se fundamentaba, en medida

muy importante, en los intereses de la plutocracia. Entonces se redujo casi a cero la intervención de la diplomacia asentada en Tánger en los asuntos marroquíes desde el momento en que la representación ante el Sultán quedó asumida por el Residente General francés.

La colonia europea desde siempre más numerosa y mejor aceptada fue la española. En su origen se nutrió de la emigración andaluza más pobre. Los oficios a que se dedicaron al principio los elementos más laboriosos de esta masa social fueron los de albañil, carpinteros, zapateros, carniceros y sastres, todo ello en competencia con el moro autóctono, que por ello no los veían con buenos ojos. Las mujeres eran lavanderas, sirvientas o recaderas. Algunos, los más favorecidos, tenían huertos o pequeños comercios, pero en su conjunto formaban una masa proletaria que residía en los barrios indígenas de Tánger. Sin embargo, esta emigración española mostró una gran capacidad de ascenso social a causa de su laboriosidad y su empeño en adquirir instrucción y poco a poco se van estableciendo en barrios propios. La mayoría de ellos concurren a instituciones docentes francesas, que son las que más abundan en la plaza. Pronto la colonia hispana imprime su estilo de vida, y aumenta el número de propietarios agrícolas e industriales españoles. Entre los «self-made men» españoles de comienzos de siglo fue muy notable el caso de Andrés Mangado, que comenzó de albañil, pero que a fuerza de tenacidad y afán de superación fue el hombre clave de la puesta a punto de la red telefónica de Tánger, considerada en los años veinte como una de las que mejor funcionaban en el mundo.

Dentro de la presencia española en Tánger hay que hacer mención especial del Teatro Cervantes, uno de los mejores edificios de la ciudad moderna. El Teatro Cervantes, construido en la zona del ensanche, está ligado a los mejores momentos culturales de la ciudad. Desgraciadamente, después de la independencia de Marruecos, la desidia de unos y otros, de españoles y marroquíes, ha llevado al cierre y abandono del edificio. En uno de mis viajes a Tánger encontré en «Le Journal de Tánger» (28-1-1984) una referencia muy significativa a la importancia del Teatro en el reciente pasado de la ciudad: «El Gran Teatro Cervantes» —se señala en la antedicha nota de prensa— ha sido, sin ninguna duda, el primero y más grande teatro que ha concido Tánger y Africa del Norte, el más célebre en una época en que, pese a los límites de la ciudad, el espíritu soplaba verdaderamente. Pero, por desgracia y desde hace más de una década, este teatro ha muerto. La soledad se ha convertido en su amiga. Pero, ¿qué hacer ante esta realidad, ante esta triste realidad? Esta época vivida y soñada ¿podrá todavía volver?». La nota precedente de «Le Journal de Tánger» servía de anuncio de unas crónicas históricas sobre el Teatro Cervantes y la he traído aquí como corroboración de la importancia de la influencia española en Tánger, que aún hoy se reconoce en un periódico marroquí de lengua francesa en unos momentos de desmantelamiento de la presencia de la lengua y cultura españolas en el Norte de Africa.

La colonia francesa seguía en importancia numérica a la española, aunque a mucha distancia. Según el anuario «Stateman's Year-Book» de 1927, se componía de unas 2.500 personas. Los franceses de Tánger ocupaban lugares muy

importantes en la administración de la ciudad, especialmente en la época de la Zona Internacional. Los franceses dirigían entidades bancarias, eran propietarios de tierras de cultivo y poseían terrenos y solares para la construcción, sobre los que se edificaron los barrios del ensanche moderno de Tánger.

También era importante, aunque poco numerosa, la colonia inglesa en Tánger, que controlaba prácticamente los negocios de importación-exportación. En otro orden de actividades, los italianos ocupaban una destacada presencia como mano de obra especializada y gerenciadora del sector servicios.

La presencia minoritaria de la población europea se recortaba sobre el fondo mayoritario de la población musulmana (árabes y bereberes) con la que convivía secularmente una influyente minoría hebrea. En la época que describimos apenas existía una alta burguesía musulmana, y sus escasos representantes carecían de una conciencia nacional y estaban al servicio de los intereses de Francia, España e Inglaterra. La población musulmana era en gran medida el depósito demográfico de elementos rifeño-andaluces, muchos de ellos refugiados en Tánger tras su expulsión de la Península Ibérica, una vez consumada la Reconquista cristiana. A estos elementos procedentes de la Península Ibérica hay que añadir los guerreros rifeños locales que se instalaron en la ciudad en 1684 tras su evacuación por los ingleses. Estos rifeños establecieron en Tánger una especie de «marca» o territorio fronterizo en belicosidad continua con los potenciales invasores. Las principales familias musulmanas del Tánger que historiamos proceden de esta colonización militar del siglo XVII. Además, dentro de la población musulmana de Tánger, hay que reseñar las familias de etnia árabe procedentes de las zonas más arabizadas del Imperio Xerifiano. Pero, en su conjunto, hay que subrayar la gran proclividad de la población musulmana rifeño-andaluza hacia la cultura española, que se manifestaba, en la época de la Zona Internacional, en la gran aceptación de las películas populares españolas. Segmentos mayoritarios de la población musulmana se sentían muy sensibilizados, y hasta identificados, con artistas como Imperio Argentina o Lola Flores, e incluso con personajes hispánicos de Ultramar como el mejicano Cantinflas.

Mezclada, aunque no confundida, con la población islámica, la minoría hebrea fue un elemento esencial del microcosmos étnico y cultural que fue Tánger durante un siglo. Los judíos convivían con los moros en una dialéctica compleja de amor-odio, que prestaba a sus relaciones un sabor muy genuino. Realmente, la convivencia islámica-hebrea en Tánger no era más que la continuación en el norte de Africa de la secular cohabitación de ambas poblaciones en la Península Ibérica. Los hebreos de Marruecos, y singularmente los de Tánger, dependieron largos siglos del poderoso imperio de los Omeyas, esto es, de Andalucía. Un judío tangerino llamado Jacobo Ben Gau gobernaba en nombre de Almanzor a todos los hebreos de Marruecos. La dinastía berberisca de Granada heredó este mando o gobierno. Perseguidos luego en Marruecos por los almohades, los judíos de Tánger emigraron a Andalucía. Perseguidos en Andalucía por los cristianos en el siglo XIV, volviéronse los judíos a Tánger. Las familias hebreas más importantes de Tánger durante la Zona Internacional fueron: los Toledanos, oriundos de Toledo; los Nahon, oriundos de Tetuán,

banqueros hábiles y considerados; los Bandelac, procedentes de Holanda; los Cohen, comerciantes y rabinos; los Laredo, los Benansuli, los Abensur y los Azancot, todos ellos procedentes de Andalucía. Todos ellos constituyen grupos de familias, verdaderas tribus, poderosas en la Banca y el comercio tangerinos. Las relaciones entre la colonia española y los judíos sefardíes fueron muy estrechas a causa de afinidades culturales y humanas. Al producirse la independencia de Marruecos, algunas familias hebreas marcharon de Tánger y muchos que permanecieron enviaron su dinero fuera del nuevo país, especialmente a Suiza. Hubo una importante línea de emigración al Canadá, donde llevaron su lengua española ladina, como señala Angel Vázquez en su ya citada novela «La perra vida de Juanita Narboni». También marcharon los hebreos tangerinos a Hispanoamérica. Asimismo hay que anotar una línea de emigración política al Estado de Israel.

El diario «España»

Un episodio fundamental de la presencia española en Tánger fue el diario «España», fundado en 1938 y desaparecido en 1967. No se ha realizado todavía ningún estudio adecuado sobre la importancia multidimensional de este órgano de prensa con decisiva influencia en la vida tangerina. El diario «España» fue un factor fundamental en el proceso de españolización de la plaza. Los motivos de la aparición del rotativo, su especificidad respecto a la prensa peninsular de la época, su evolución después de la Segunda Guerra Mundial, su renovación de los modos periodísticos hispanos, hacen de «España» de Tánger no sólo un acontecimiento en el escenario periodístico norteafricano, sino también en el contexto del difícil periodismo español durante el franquismo. Es una interesante historia que está todavía por escribir. Aquí sólo se quiere subrayar la eminencia de su acción cultural y lingüística dentro de la Zona Internacional y dejar sentado el interés que tiene una investigación monográfica sobre el tema, no sólo como factor de españolización de la Plaza sino también como expresión de los cambiantes intereses políticos españoles en la Zona, aparte de su importancia en la renovación del periodismo español de aquellos años. Es de lamentar que no obre en la Hemeroteca Nacional de Madrid la colección completa del diario. El primer número de que se dispone en este centro hemerográfico corresponde al 1 de noviembre de 1941, año IV, número 940. Sin embargo, de mis indagaciones es previsible y razonable esperar que existan esos números en alguna colección privada.

El periódico salió a la calle en la primavera de 1938. Su aparición fue una decisión del general Franco, que necesitaba un órgano de expresión y propaganda para su bando nacionalista en un lugar estratégico como el Tánger internacionalizado. Franco encomendó la salida del diario a su Alto Comisario en Marruecos, Beigbeder, nombrado para el cargo en marzo de 1937. Beigbeder encargó a Alemania la más moderna maquinaria editorial y la instaló en un edificio del Bulevar Pasteur. Como director se eligió a Gregorio Corrochano,

que había sido corresponsal de guerra en Africa durante la fulgurante carrera militar africana de Franco. El general Franco siempre sintió debilidad por los periodistas —Manuel Aznar es un ejemplo paradigmático— que habían sido testigos de sus hazañas bélicas. Corrochano reclutó una excelente redacción para sacar adelante el nuevo diario. Merece especial mención Fernando Vela, la mano derecha de Ortega en la «Revista de Occidente», con una importante carrera periodística en la España republicana, en que llegó a ser director de «El Sol» de Madrid. El estallido de la guerra civil puso en peligro su vida —ser un periodista liberal era una mala recomendación para las dos partes en conflicto— y hubo de escapar a Francia tras permanecer casi un año aislado en la embajada de Haití. A su vuelta a España por San Sebastián, en noviembre de 1937, fue muy mal recibido por las autoridades franquistas. En la zona franquista, según comentó Valentín de Andrés, «también corría peligro un escritor y periodista de tradición liberal». A los pocos meses se encontró con su amigo Gregorio Corrochano, que se lo llevó a Tánger como redactor del «España», entonces de inminente aparición. Sus colaboraciones fueron asiduas y anónimas. Fue corresponsal en el diario de Londres, sin salir de Tánger, y lo hizo tan bien y tan favorablemente a los aliados que éstos buscaban por todo Londres al inexistente Luis Arriondas, pseudónimo con el que firmaba. Al fin de la guerra le invitaron a visitar su desconocida Inglaterra.

Otros redactores del diario fueron, en su primera etapa, Alfredo Marquerie, Tomás Borrás, Francisco Lucientes, Eduardo Teus, Patricio Pereda, Samuel Cohen (un hebreo tangerino) y otros.

Antes de «España» en Tánger, naturalmente, había periódicos locales en francés («Tangier Gazette») y en español («El Porvenir»), pero no tenían unas estructuras técnicas e informativas modernas. El estallido de la Segunda Guerra Mundial puso a prueba la idoneidad del diario «España» para proporcionar una masa informativa copiosísima de la evolución de los frentes bélicos en todo el planeta. Otra cosa sería el análisis de la objetividad de esa información, que fluctuó desde una inicial orientación pro-germánica hacia posicionamientos más equilibrados. El «España» proporcionaba una información muy amplia, estructurada en un diseño periodístico ágil y moderno. La primera página del «España» de Tánger, desde el principio, siguió el modelo anglosajón muy funcional de ofrecer en titulares las noticias más relevantes de la jornada con pase a continuación a páginas interiores, donde se ampliaba la información.

Desde siempre, el «España» cuidó mucho: a) la información bursátil internacional como correspondía a una plaza como Tánger, que tenía un sector financiero muy activo; b) la información deportiva y de toros, muy amplia y con buenas críticas como las de Eduardo Teus en fútbol y el propio Gregorio Corrochano en la sección taurina; c) la información de variedades, de cine, sobre belleza y modas⁵; los suplementos gráficos y de fin de semana, con cró-

5. Juanita Narboni, la protagonista de la novela de A. Vázquez, se lamenta en su soliloquio apenado de no poder leer ya el «España», del que dice que «era un periódico tan divertido...».

nicas y reportajes de actualidad. En el «España» de Tánger aparecieron fotos de las «pin-up girls» en unos momentos en que esta grata audacia era impensable en la prensa española. Las páginas culturales eran de un valor desigual. Tenían muchos colaboradores fijos habituales en la prensa española, que ofrecían una visión chata de la cultura nacional e internacional. Sin embargo, en algún momento el «España» ofreció alguna exclusiva deslumbrante como los primeros artículos de Ortega en la prensa después de la guerra española. El gran acontecimiento intelectual se produjo en enero de 1952, en que se publicaron tres maravillosos artículos de Ortega «En torno al coloquio de Darmstadt», en que nuestro filósofo narra su histórico encuentro con Heidegger. Son páginas de un enorme interés, que se publicaron en tres entregas, no muy conocidas del público lector de Ortega. En vista de su dificultad para publicar en la prensa española de postguerra, Ortega decidió reanudar su contacto con el público de su país en el «España» de Tánger, no sometido al control de las autoridades culturales del régimen español, pero que se difundía con gran amplitud en España, especialmente en el Sur de la Península hasta Madrid inclusive. Contaba para ello con la benevolencia del director del diario, Gregorio Corrochano, que era muy amigo de Ortega a causa de la afición de nuestro filósofo por los temas taurinos. El «España» hizo una gran promoción previa de los artículos de Ortega, que durante una semana anunció en primera plana, con relieve tipográfico, como «los primeros artículos que publica Ortega después de muchos años de silencio en la prensa del mundo». Fue un gran «scoop» periodístico, pero, como ya señalamos, habitualmente las páginas culturales del diario no brillaban a gran altura. La situación mejoró sensiblemente con Eduardo Haro Tecglen⁶, el último director del «España» hasta su desaparición en 1967, en que se fusionó con el «Diario de Africa».

No era buena la información del diario sobre asuntos locales tangerinos y del Magreb en general. Estos asuntos se trataban de una forma oficialista, sin criterios periodísticos. La vida de los musulmanes se reflejaba de una forma muy respetuosa, pero deliberadamente distanciada y fría, en un clima de cautela política y falta de profesionalidad periodística. Las circunstancias políticas en que se desarrolló el periódico eran muy delicadas y cambiantes. Después de la derrota de Francia ante las tropas alemanas y la entrada de Italia en la guerra, las tropas de Franco ocuparon Tánger el 14 de junio de 1940 y en noviembre la Zona Internacional fue incorporada al Marruecos español. Sin embargo, Gran Bretaña conservó sus derechos y España se comprometió a respetar la desmilitarización. Al término de la Segunda Guerra Mundial con la victoria aliada, las tropas españolas evacuaron Tánger y fue restaurado en la Conferencia de París el Estatuto Internacional de la Zona. A partir de abril de 1947, el Sultán de Marruecos, Mohammed V, pidió una revisión de los tratados que garantizaban los derechos de los marroquíes sobre Tánger. En 1952 el partido

6. Aparte de Corrochano y Haro dirigieron el «España» Juan Estelrich y Manuel Cerezales.

nacionalista marroquí Istiqlal suscitó una serie de levantamientos en Tánger contra los europeos. Después del reconocimiento de la independencia de Marruecos por Francia (marzo de 1956) y por España (abril del mismo año), el Estatuto Internacional fue anulado el 29 de octubre de 1956.

Como botón de muestra de la forma comprometida, cautelosa y oficialista, de informar del «España» sobre temas musulmanes, he elegido la cobertura periodística que otorgó a la visita que el 9-13 de abril de 1947 efectuó a Tánger el Sultán Mohammed V. Fue un viaje muy importante, con largas consecuencias futuras, en el que Mohammed V sentó las bases para la futura independencia de Marruecos al anunciar la convergencia del Trono con el movimiento nacionalista Istiqlal. Veamos como el «España» cubrió esta importante información.

El mismo día de la llegada del Sultán a Tánger, la visita se anuncia en una página interior, la 2, dedicada habitualmente por aquellas fechas a avisos y anuncios oficiales. Eso sí, se le dedica un titular de cuatro columnas, de las cinco que tiene el periódico, que reza así: «Esta tarde, a las cuatro, llegará a Tánger Su Majestad el Sultán Sidi Mohammed». En la información se le anuncia como soberano marroquí, pero no se señala el motivo de su visita. Al día siguiente, la noticia aparece en primera página con una titulación destacada en lo tipográfico, pero irrelevante en su significado. El titular dice así: «S.M. el Sultán llega a Tánger». Luego vienen dos subtítulos: «A su paso por la Zona española fue recibido por el Jalifa y el Alto Comisario y «La población tributó al soberano una imponente manifestación de simpatía». Sigue el dibujo a plumilla de Mohamed V y un editorial titulado «Recibimiento memorable». El editorial carece de contenido político, aunque, eso sí, muestra clara simpatía humana hacia los sentimientos de los musulmanes. La crónica de la visita se iniciaba así, en el más retórico de los estilos periodísticos: «Tánger trepidaba de rumores hondos que descendían en cascada desde la Alcazaba hasta la playa. La ciudad se hallaba poblada de cánticos y yu-yúes. Se diría que la población derramó todo su contenido de gente hasta los últimos entresijos urbanos. Los artesanos moros habían dejado sus talleres, los labradores sus campos, sus tiendas los comerciantes, las mujeres sus casas recatadas. El conjunto semejaba desde el interior de la estación de ferrocarril un fantástico oleaje de lumbre y reverberaciones». La crónica colorista terminaba así: «Tras el coche de SM., la muchedumbre se arremolinaba afanosa de ver más cerca aún a quien la tarde, traspasada de un polvo dorado, parecía envolver en un halo de gracia triunfal». El día 11 se recoge el importante discurso de Mohammed V de una forma muy oficialista y administrativa. Se ofrece a los lectores el texto íntegro del discurso del Sultán a los notables musulmanes de Tánger, pero en bruto, sin un trabajo de selección y resalte de sus partes más interesantes y conflictivas. Vale la pena recordar los titulares que encabezan el texto del discurso para compararlos con su verdadera significación histórica. Los titulares son éstos: «La mejor evolución se ha realizado mediante una acción continua, no comprometida en disturbios, ni manchada de excesos represibles»; «Nos consideramos particularmente dichosos por habernos entrevistado con nuestro Jalifa de Tetuán».

En una panorámica de los medios de comunicación social en el Tánger de postguerra merece mención, junto con el diario «España», Radio Tánger. El impulsor de la emisora fue Herbert R. Southworth, un hispanista e historiador norteamericano, que ha escrito libros como «El mito de la Cruzada de Franco», «Antifalange» y «La destrucción de Guernica», editados por Ruedo Ibérico en París y prohibidos durante largos años en España. Durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó para el Ejército americano en el Norte de África. En 1946 compró material de la radio militar norteamericana en Casablanca y con unos socios judíos lo instaló en Tánger, que estaba entonces en pleno «boom» económico, y fundó Radio Tánger. Inmediatamente entró en contacto con los principales accionistas de la SER —Antonio Garrigues y Díaz Cañabate—, que se convirtieron en asociados de Radio Tánger. Pudo constituirse legalmente la emisora gracias a la ayuda de otro español, el magistrado del Tribunal Internacional de Tánger, Díaz Merry, que había sentado jurisprudencia declarando que la radiodifusión era un comercio como otro cualquiera, y que, por tanto, podía funcionar en plena libertad en la Zona Internacional. Radio Tánger transmitía en español, francés, árabe e inglés, y fue nacionalizada por Marruecos en diciembre de 1960.

El universo de Juanita Narboni

Más allá de toda discusión de técnica literaria, la novela es una forma privilegiada y esencial del relato social. El hombre y la sociedad son realidades fluyentes que, para ser aprehendidas, necesitan ser narradas, contadas, en su despliegue fundamentado. Sólo seremos —sólo podremos proyectar nuestro futuro personal y colectivo— si sabemos lo que hemos sido. El hombre es una realidad que consiste en interpretación de sí misma. El hombre ha ensayado vislumbres diversos para interpretarse a sí mismo, para poseerse en una imagen concorde con su auténtica realidad. La literatura es uno de estos ensayos más logrados: la literatura es el instrumento de interpretación de las formas de vida humanas sidas en el peregrinar de la criatura humana sobre el planeta. Y dentro de la literatura, la vida se hace transparente a sí misma en el relato novelesco.

Estas apreciaciones se me ocurrían mientras leía la célebre novela «La vida perra de Juanita Narboni», testimonio vivo de una peculiar forma de vida hispánica en Tánger, en la época de la Zona Internacional. Es una obra singular en la narrativa española de las últimas décadas. Recoge el monólogo de una solterona solitaria, nacida en Tánger de un padre gibraltareño de apellido italiano y de una madre andaluza. Es un patético soliloquio de una mujer ajada y sin esperanzas vitales, rodeada de amigas sefarditas, perdida en la zona de nadie de una ciudad que tuvo su esplendor con su estatuto internacional y que, tras su integración en el Marruecos independiente, ha entrado en una atonía provinciana desarraigada de sus raíces mejores. Juanita Narboni, junto a su drama existencial, acumula la desesperación sorda sin horizonte de futuro de

quien está ubicada en un enclave socio-cultural y lingüístico en vías de extinción. El universo de Juanita Narboni nos revela, a través de su testimonio literario, detalles internos y decisivos de la vida de la comunidad española en Tánger, y por extensión en el Norte de Africa. La novela de Angel Vázquez —tangerino, de muerte prematura cuando tenía ante sí un gran porvenir literario— nos proporciona un saber real sobre la vida tangerina muy superior al que podría obtenerse de la lectura de muchos sesudos trabajos sociológicos. Una vez más, la literatura se muestra en esta novela como eficaz método histórico al mostrarnos el sabor de la vida tal como ha sido degustado o sufrido por personajes de carne y hueso. Al parecer, se ha hecho una película sobre esta novela, que no he tenido la oportunidad de ver. Estoy seguro que una buena adaptación cinematográfica nos permitiría visualizar el drama de los últimos hispánicos tangerinos que ya no pueden escapar a su destino de extinción histórica: «¿Qué hago yo ahora aquí sola —se pregunta angustiada la Narboni— junto a las paredes del Consulado de Francia?». Algún estudioso ha asimilado la condición humana de Juanita Narboni a la de los «*piéd noirs*» de Argelia. No me parece acertada la analogía. El «*piéd noir*» argelino tiene la posibilidad de mirar, aunque sea con odio resentido, hacia una metrópoli rica, potente y prestigiosa como Francia, como horizonte último de reivindicación de una vida que se vive, cuando la descolonización, como traicionada. Juanita Narboni no tiene esa posibilidad. Pululando con su desesperanza a cuestras sueña con marchar a Casablanca («ya sale el tren para Casablanca, quién se fuera en él, a veces me gustaría coger un tren y que me llevara a donde él quisiera, pero lejos, muy lejos, lejos de esta rutina, de este cansancio, de este aburrimiento...») pero la representación del deseo de fuga no exorciza apenas el castigo de la realidad.

La perorata solitaria de la Narboni está transcrita en esa particular forma de expresión de los sefarditas marroquíes de clases humildes que se designa con el nombre de «yaquetía», un habla en que se entremezclan el castellano antiguo con el hebreo, salpicado de árabe y portugués. En un interesantísimo prólogo, Angel Vázquez subraya que «lo único que he hecho al describir las desventuras de Juanita Narboni ha sido procurar recoger el directo —en lenguaje inmediato— lo que de yaquetía pueda haber en el hablar de una tangerina típica». El novelista hace una reivindicación genuina y emocionante del habla hispánica de Tánger: «Si esta novela ha sido escrita en un castellano nada ortodoxo es porque, precisamente, mi intención no ha sido otra que la de restituir el lenguaje inmediato —el lenguaje hablado— de unos muy concretos y característicos habitantes de la ciudad de Tánger. De ese Tánger que fue tierra de nadie y de todos —Zona Internacional— y al que la fuerza demoledora y renovadora de la Historia está devolviendo a sus orígenes. Varias fueron las lenguas que allí tuvieron un uso natural, pero aparte del árabe, a todas dominó un castellano popular —del pueblo— alimentado por la Baja Andalucía y, muy particularmente, por esos hebreos sefarditas, tan inefables como poco conocidos de los españoles, amantes conservadores durante tantos siglos de un castellano arcaico...»

Uno de los perfiles humanos más atractivos de la vida de Tánger fue la sim-

patía humana entre los andaluces que atravesaron el Estecho para establecerse en la plaza tangerina y los judíos sefarditas allí asentados. El triángulo formado por Tánger, Gibraltar y el litoral meridional de Andalucía creó un tipo muy genuino y atractivo de hispanía. Esta comunidad empática y lingüística queda plenamente dibujada en el universo de Juanita Narboni. Como escribió su creador, Angel Vázquez, «si recibimos con respeto y admiración el castellano que nos devuelve Hispanoamérica, sobre todo el recreado y renovado por sus grandes poetas y novelistas, ¿por qué no éste del otro lado del Estrecho de Gibraltar? No por menos brillante es menos auténtico». Ciertamente, un tema sobre el que habrá que insistir es el de la novela en castellano generada por la presencia española en el Norte de Africa desde finales del XIX hasta ahora mismo. Ahí están como recordatorio, como aldabón para la memoria, títulos y autores como Galdós (Aita Tettauen), Giménez Caballero (Notas marruecas de un soldado), Díaz-Fernández (El blocao), Ramón J. Sender (Imán), Arturo Barea (La ruta), Juan Goytisolo (Reivindicación del conde don Julián) y F. González (Kábila), además de la inigualable «La vida perra de Juanita Narboni» de Angel Vázquez.

Tánger era una fiesta

Durante los años cuarenta y cincuenta Tánger era una fiesta, una Babel de lenguas e intrigas, un decorado internacional para el placer y la riqueza, pero sin futuro político al vivir de espaldas a la mayoría musulmana, en un momento histórico en que soplaban vigorosos y legítimos los aires de la descolonización. Emilio Sanz de Soto, a quien anteriormente me he referido, uno de los mejores conocedores del Tánger de la época, sobre el que prepara un libro, ha manifestado⁷: «Era una ciudad donde en un mismo día podías recorrer mil ambientes. A las cinco, tomar té en casa de las hermanas Green; como eran británicas, nunca se hablaba de cultura. A las seis y media ibas al cine-club francés, donde el té era peor, pero se hablaba mucho de cultura. Después, invitación en el Instituto Español, donde se comentaba el «ABC» o el «España» de Tánger» y se tomaban tapitas. Y acababas cenando en la kasbah en casa de un pintor árabe, por ejemplo».

La descripción del Tánger del último siglo está todavía sin historiar de una forma sistemática y es tarea excesiva para este trabajo, ya que ha excedido los límites fijados. Son mil los temas y perspectivas que habría que abordar. Tánger ha sido una ciudad pintada por las más variadas sensibilidades artísticas europeas (Delacroix, Degas, Fortuny, Rosales, Regoyos, Bacon). Por Tánger sentían predilección músicos como Rimsky Korsakoff y Saint Sæens; multimillonarios americanos como Barbara Hutton; actrices de cine; hombres y mujeres de mundo, y escritores, muchos escritores (D'Amicis, Andersen, Pierre Loti, Galdós, Dumas padre e hijo, Blasco Ibáñez, Baroja, Tomás Salvador,

7. «Tánger era una fiesta», por Miguel Bayón, núm. 692 de *Cambio 16*.

Carmen Laforet, Juan Goytisolo, y una pléyade de escritores americanos en los que me detendré para terminar). En Tánger tenían debilidad por actuar desde Raquel Meller a Caruso.

Uno de los aspectos más estudiados del Tánger internacional es la presencia de escritores norteamericanos. En este punto es fundamental el testimonio de Emilio Sanz de Soto⁸, que vivió intensamente esa época. Desde Mark Twain a la generación «beat» se sucede una larga secuencia de grandes escritores vinculados estrechamente a Tánger. Especialmente activa es la presencia en Tánger de escritores americanos después de la Segunda Guerra Mundial. El nombre decisivo de la galaxia americana en Tánger fue, sin duda, Paul Bowles, alrededor de quien se nucleó el grupo literario estadounidense. Actualmente, este escritor ha disfrutado de una tardía popularidad masiva, tras la película «El cielo protector», de Bernaldo Bertolucci. Bowles es uno de los narradores norteamericanos más eficaces de la hora presente y un brillante compositor musical: es autor de la ópera «The Wind Remains», con libreto inspirado en García Lorca, de la música de películas, entre las que se encuentran «Verano y Humo» y «Dulce Pájaro de Juventud», y se ha encargado de una vasta recopilación de música norteafricana para la Biblioteca Nacional de los Estados Unidos. Bowles visitó Tánger en 1934 por primera vez tras un viaje por España, y por indicación de Gertrude Stein, quien, en París, le había recomendado vivamente que no dejase de cruzar el Estrecho. Lo mismo había hecho la propia Stein en 1912 en un viaje inolvidable. Bowles se estableció definitivamente en Tánger en 1949 en el curso de un viaje que narra en el prólogo de su gran novela tangerina «Déjala que caiga» (Let it come down): «Este libro —escribe Bowles— empezó a escribirse de una manera tal vez insólita. En diciembre de 1949 me había embarcado en Amberes en un carguero polaco con destino a Colombo. Cuando cruzamos el Estrecho de Gibraltar era de noche y yo me hallaba en cubierta contemplando los destellos del faro de Cabo Espartel, el punto más noroccidental de Africa. A medida que navegábamos hacia levante, empecé a distinguir las luces de algunas de las casas de la Montaña Vieja. Más tarde, cuando nos acercamos más a Tánger, se espesó sobre el mar una ligera bruma que dejó a la vista sólo el resplandor de las luces de la ciudad reflejado en el cielo. Fue entonces cuando sentí un deseo irracional e imperioso de quedarme en Tánger».

La mayor parte de la obra de Bowles tiene a Marruecos por escenario. El novelista analiza y describe el trastorno que los sentidos de los europeos experimentan ante una cultura extraña y los efectos de Africa sobre los occidentales refinados, todo esto sin quitar atención al pueblo marroquí. En 1965, Paul Bowles conocería a Mohammed Mrabet. De este encuentro salió una colaboración literaria, en que Mrabet contaba sus historias en marroquí dialectal ante un magnetófono y Bowles las transcribía en inglés. «Amor por un puñado de pelos», historia de amor entre dos jóvenes marroquíes, Mohammed y Mina, fue el re-

8. «Escritores norteamericanos en Tánger (De Mark Twain a la Beat Generation)», por Emilio Sanz de Soto, núm. 3 (noviembre 1985) de la revista *Internacional*, Madrid.

sultado de esta colaboración entre dos culturas dispares. Pero la gran novela tangerina de Bowles fue «Déjala caer», en la que compone un vívido cuadro de la sociedad europea y musulmana en los años dorados de la Zona Internacional. El título está extraído de un pasaje de la tragedia Macbeth de Shakespeare, en que un personaje —Banquo—, al salir del castillo con su hijo, comenta de pasada a los hombres que hay fuera que se aproxima una lluvia de mal presagio; y entonces esos hombres le responden con esta sucinta frase de cuatro palabras: «Let it come down», literalmente «déjala que caiga» o, si se prefiere, «que llueva». Una respuesta estricta y brutal que viene a significar: «hágase lo que tenga que ocurrir». El protagonista de «Déjala caer» es un americano que viene a Tánger abandonando un destino aburrido y alienante de empleado de banca en su Nueva York natal. Es un ser fracasado y débil, condenado a ser víctima siempre. Derrotado de antemano en todas sus peripecias biográficas, el nuevo escenario de su vida —Tánger— lo catapulta de pronto a una situación que parece permitirle escapar a su sino de derrota reiterada. Atiborrado de hachís, el personaje descubre en medio de una densa humareda de mayún una lúcida imagen de sí mismo que, sin embargo, tampoco le ayuda a salir del atolladero en el que fuerzas superiores a él lo han metido. Mientras la lluvia norteafricana golpea su destino tangerino, el personaje descubre la irrevocabilidad de la vida de cada cual, su ley verdadera e inmodificable. El cosmopolitismo perverso y entrañable de Tánger propicia el encuentro tardío del americano provinciano con la verdad laberíntica de su vida.

No puede hablarse de Paul Bowles sin una referencia a su mujer Jane, una novelista de extraordinaria personalidad y animadora de la vida social y cultural tangerina. Jane Bowles tuvo un final trágico: en 1958 sufrió un ataque cerebral y murió demente en un sanatorio de Málaga a principios de los setenta. Paul Bowles, que nunca la olvidó, ha dicho de ella: «Janie aglutinaba a todo el mundo aquí. Era precursora en el feminismo; sabía que las mujeres tienen más dificultades en todo. Y era una persona capaz de perder su primera novela en un taxi como perdía un zapato».

Fue muy larga la secuencia de escritores americanos que, después de la Segunda Guerra Mundial, acudieron a Tánger: Truman Capote, Gore Vidal, Tennessee Williams..., por citar sólo los más importantes de la primera oleada, a finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta. Hay una segunda ola de escritores americanos que arriban a Tánger ya avanzados los cincuenta: Jack Kerouac, Gregory Corso, Allen Ginsberg, William Burroughs, pertenecientes a la «beat generation».

Después de los «beatniks», y ya integrado Tánger en el Marruecos independiente, llegaron los «hippies» en los años sesenta. No eran ya una oleada cultural, sino una horda de las nuevas costumbres de Occidente. El ya fallecido Eduardo Haro Ibars —hijo del que fue el último director del «España», Haro Tecglen— ha descrito⁹ insuperablemente el Tánger de los sesenta. Este es un

9. «De mi pequeño reino afortunado» (El Tánger de los 60), por Eduardo Haro Ibars, núm. 3 (noviembre 1985) de la revista *Internacional*, Madrid.

fragmento de su testimonio sobre el Tánger declinante y lo que aún suponía para un joven español: «La vida tangerina, cosmopolita y libre, era tal vez artificial, entonces; pero seguía existiendo. Sus bares nocturnos eran divertidos; sus lugares gay, internacionalmente famosos. Una parte de la población era inteligente, culta, refinada. Para un muchacho español resultaba una válvula de libertad, inteligencia y vida, en relación con la finca de Franco y la Iglesia. Ahora, dice, se ha convertido en un poblacho triste y apático, sin parecido alguno con la ciudad vivaz y misteriosa, divertida y llena de poesía, que yo he conocido. Pero sus últimos años, mientras se dejaba engullir por el torbellino de la decadencia, Tánger brilló: «hippies», locas anglosajonas, cultos franceses, los Rolling Stones y Barbara Hutton de vacaciones: todo aquello tenía un aire de fiesta final, de apoteosis suave, en clave menor».

La presencia española, aunque visible todavía, está muy disminuida. Hay diez mil españoles, la quinta parte de hace veinte años, que confraternizan con los ochocientos sefardíes que todavía permanecen. Según reciente crónica periodística¹⁰ se reúnen en el Casino de Tánger para jugar al bridge, leen los periódicos españoles y comentan lo que deparará el futuro de Gibraltar. Ah, el futuro de Gibraltar, en la otra orilla del Estrecho. Ahí está la clave. Esto nos obligaría a volver a consideraciones anteriores de este trabajo, pero hay que poner el punto final. Estas estampas y visiones tangerinas sólo aspiran a recoger en crónica casi periodística los momentos estelares de una ciudad tan vieja como la historia mediterránea y con un futuro que habría que rescatar como lugar de encuentro y diálogo de civilizaciones.

10. «Tánger era una fiesta», por Miguel Bayón, núm. 692 de *Cambio 16*.

